

LA TÚMBA DEL ÚLTIMO DRUÍDA

José Lesta y Miguel Pedrero

Ediciones Cydonia S.L.
Apartado de Correos 265
36200 VIGO (Pontevedra)
<http://www.edicionescydonia.com>

© Ediciones Cydonia, 2010
© José Lesta y Miguel Pedrero
Primera edición, abril de 2010

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N. 978-84-935634-8-6
Depósito Legal: VG-281-2010
Maquetación: Acuarela Comunicación sll (986 31 51 06)
Imprime: Anzos

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.

LA TUMBA DEL ÚLTIMO DRUIDA

Orígenes paganos
del Camino de Santiago

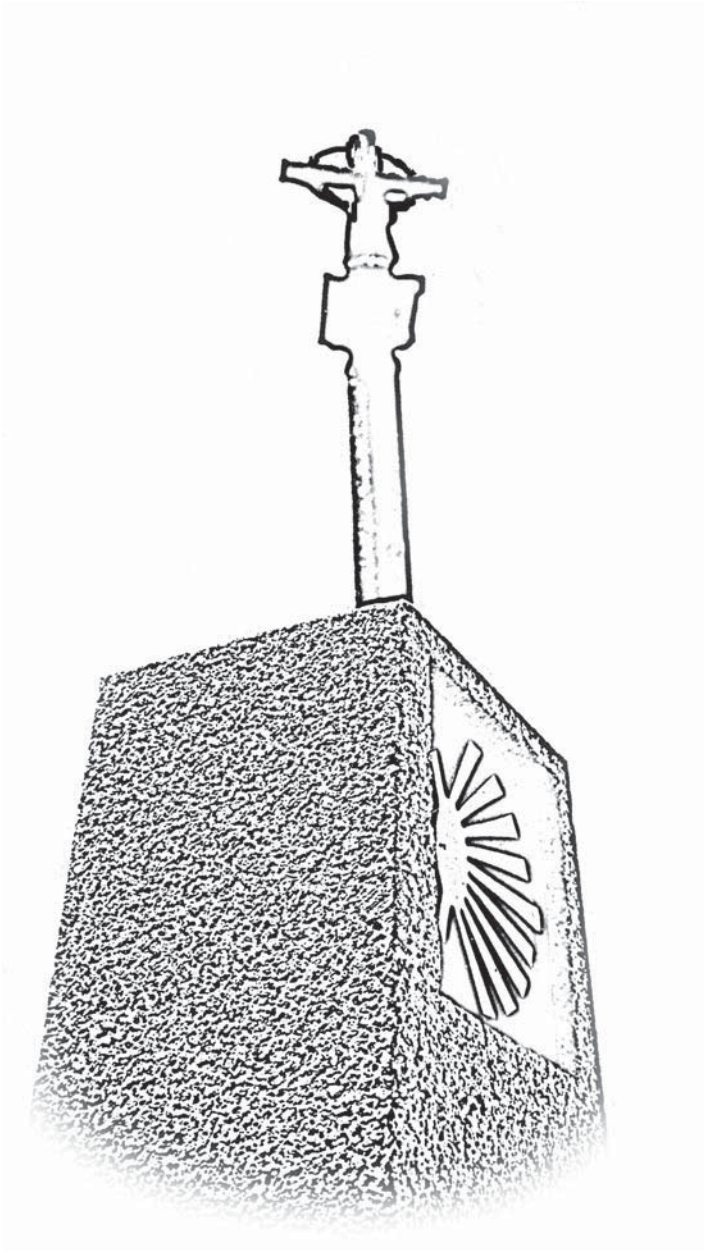
José Lesta y Miguel Pedrero

Índice

Introducción:	9
Capítulo 1: <i>Conocimiento oculto</i>	23
La conexión gnóstica	
Libros mágicos y evangelios apócrifos	
Doctrinas secretas	
De la astrología al sexo	
Capítulo 2: <i>Nace la Iglesia Druídica</i>	53
Ascetismo y tradición celta	
El poder del fuego	
Orígenes ocultos del druidismo	
Mujeres sabias	
Cristianización: el fin del paganismo	
Capítulo 3: <i>Prisciliano, el obispo hereje</i>	87
Guerra abierta	
Concilio de Zaragoza: la trampa	
Obispo de Ávila	
El emperador contra Prisciliano	
Capítulo 4: <i>Entre cátaros y priscilianistas</i>	105
El extraño universo de los perfectos	
La diosa femenina en los gnósticos	
Transmigración de las almas y vegetarianismo	
Inquisición y persecución mil años después	

Capítulo 5: <i>Camino de las estrellas</i>	121
Por la senda de la Vía Láctea	
La astrología de los templarios y los antonianos	
El santo grial en el Camino de Santiago	
Muerte e iniciación en el fin del mundo	
Capítulo 6: <i>El mito del apóstol Santiago</i>	143
La reina Lupa y la antigua religión de Lug	
El Pico Sacro: centro espiritual de Galicia	
Apariciones del apóstol Matamoros	
Operación Mito	
Capítulo 7: <i>La tumba del último druida</i>	165
Compañerismo: la sociedad secreta	
La catedral esotérica de Compostela	
¿Quién está realmente enterrado en la cripta de Compostela?	
Capítulo 8: <i>Prisciliano en el siglo XXI</i>	185
La herejía continúa	
Anacoretas, los discípulos del mártir	
El espíritu del cambio	
El regreso de los druidas	
Bibliografía	213

Introducción



DE MÁRTIR APÓCRIFO han tachado a Prisciliano. Y no les falta razón. Después de todo, es difícil sobrevivir a mil seiscientos años de historia; mucho más si corresponden a siglos de olvido, censuras y escarnios...

Nuestro protagonista fue enterrado con sus discípulos en la Gallaecia romana (385 d.C.), al igual que supuestamente el Apóstol Santiago. La causa de su muerte fue la decapitación, al igual que supuestamente le ocurrió al Apóstol Santiago. Enseñó el mensaje de Jesús y, al igual que el Apóstol Santiago, fue perseguido hasta la muerte por ello. Finalmente, fundó un movimiento cristiano seguido por infinidad de personas durante varios siglos en buena parte del sur de Europa. A pesar de todo ello, no se tenía constancia de sus restos, ni de sus escritos, ni incluso de su vida o costumbres. Todo se reducía al relato parco, seco y sesgado que de su ajetreada existencia hizo el cronista romano Sulpicio Severo, y algunos otros como Próspero de Aquitania.

Y fue justo a los 1.500 años de su ajusticiamiento, cuando ocurrieron dos cosas que sacarían a Prisciliano de las “catacumbas” de la historia prohibida. Por una parte, en 1879, en la Catedral de Santiago de Compostela, se iniciaron unas casi secretas (con nocturnidad y sigilo) excavaciones arqueológicas en torno al supuesto sepulcro del Apóstol Santiago, a espaldas de la jerarquía eclesiástica, cuyos resultados aún se discuten hoy en día y que guardan un buen par de misterios a su alrededor. ¿Se trataba de los restos de nuestro protagonista? ¿Era en realidad el cuerpo de Prisciliano?

Por otra parte, en un desvencijado sótano de la antigua biblioteca de la universidad bávara de Würzburg, un erudito desenterraba del olvido nada menos que unos pergaminos que habían dormido un largo sueño de más de mil quinientos años. ¿Se trataría de los escritos dejados por nuestro protagonista? Nuestra guía siempre fueron esos mismos documentos seculares. Manuscritos y textos que, actualmente, se le atribuyen a Prisciliano. Son los llamados “Cánones y Tratados”, publicados en 1889 con el título de “Priscilliani quae supersunt”, es decir, una suma o agrupación de todos los libros escritos por él. (“Liber Ad Damasum”, “Liber Apologeticus”, etcétera).

Sin embargo, independientemente de que los restos de Prisciliano se encuentren o no en la catedral de Santiago, el famoso camino existía miles de años antes del nacimiento del propio Cristo. En realidad, se trataba de una “vía iniciática” que terminaba en los confines de la última porción de tierra conocida: en el Finisterre o “fin de la Tierra”, pues más allá, en medio del tenebroso océano, se encontraba la Isla de la Eterna Juventud (Tir na nÓg), el paraíso de los pueblos celtas. Se trataba de una isla en los confines de los mares, donde los fallecidos continuaban viviendo eternamente con un cuerpo físico joven y vigoroso; no existían enfermedades ni guerras y siempre había comida en abundancia, bellos hombres, mujeres y una naturaleza exuberante. Las almas de los muertos viajaban en forma de estrellas fugaces siguiendo el “camino de la Vía Láctea” –de ahí la tradición de pedir un deseo cuando contemplamos uno de estos “luceros móviles”– hacia el noroeste de la península Ibérica, en las costas de la actual Galicia, donde el astro rey se ocultaba todos los días dando paso a la oscuridad de la noche. Allí esperaba paciente, la deidad encargada de transportar en su barca mágica a los espíritus de los celtas fallecidos en dirección a la Isla de la Eterna Juventud.

En realidad las últimas investigaciones, como las desarrolladas por el especialista Ramón Sainero, profesor de literatura celta e irlandesa de la UNED (Universidad Nacional de Educación a Distancia), apuntan a que los celtas no fueron los creadores de

dicho mito, sino que lo tomaron de pueblos anteriores, por lo que su origen se perdería en la noche de los tiempos.

De hecho, los autores clásicos suelen hacer mención al mismo en sus obras. Por ejemplo, Aristóteles escribió en “Noticias maravillosas” sobre la existencia de una senda que discurre de Italia a la península Ibérica, por la que transitaban peregrinos que eran protegidos en su periplo por las gentes que habitaban en sus márgenes. Lo denomina “camino Heracleo” en recuerdo del mítico camino por el que transitó Hércules desde Italia a Iberia (la península Ibérica), y de ahí hacia una isla en medio del Atlántico (clara alusión al paraíso celta). Así aparece recogido en la “Teogonía de Hesíodo” a finales del siglo VIII o comienzos del VII a. C. Hércules se dirigió hacia Iberia en su “décimo trabajo”. Precisamente en el territorio ocupado en la actualidad por la ciudad de La Coruña, el héroe griego se enfrentó al gigante Gerión, rey de la zona, derrotándolo y enterrando su cabeza donde se erige la espectacular Torre de Hércules, el faro romano más antiguo de Europa que continúa en funcionamiento, y que es patrimonio de la humanidad. En su viaje, Hércules siguió la senda estelar trazada por la Vía Láctea, el mismo trayecto que realiza el Sol de Oriente a Occidente en el curso del año.



Torre de Hércules, en la ciudad de A Coruña.

En este sentido, el prestigioso arqueólogo Andrés Peña Graña, uno de los máximos especialistas en el mundo celta, asegura en su obra “San Andrés de Teixido. El camino mágico de los celtas” (Equona, 2006), lo siguiente: “Para los astrónomos de la antigüedad, el Sol pasando por Géminis tomaba su carro de la constelación de Auriga y, tras atravesar ‘el desierto’, espacio sin estrellas visibles, llegaba a una resplandeciente mancha de leche cruzando el cielo: la Vía Láctea (...) que llegaba hasta la constelación de Orión, que los griegos consideraban como un gigante representado con dos piernas separadas con tres troncos unidos por la cintura, tres cabezas y tres brazos, al que llamaban Gerión”. Plutarco también cita a un autor anónimo que se refiere a la existencia de la “tierra de los muertos” al occidente de Gran Bretaña. Y Hecateo de Abdera, en el siglo VI a. C., alude a una isla localizada en la zona más occidental de Europa, dotada de un clima y unas condiciones de habitabilidad extraordinarias, en la que moraba el mítico pueblo de los hiperbóreos, al que en siglos posteriores numerosos autores relacionaron con los atlantes.

Otros cronistas, como Flavio, Plinio o Ptolomeo, aluden en sus escritos a esta isla de los difuntos, situada a varios días de na-



Iglesia y aldea de San Andrés de Teixido.

vegación de las costas de Hispania y donde sus habitantes viven felices y despreocupados. También Homero (siglo VIII a. C.) se refiere a esta tierra de eterna felicidad, localizada en medio de las aguas oceánicas, más allá de los últimos territorios fríos y brumosos del continente.

Como veremos, a partir del siglo IX la Iglesia Católica cristianizó esta milenaria y pagana tradición, transformándola en lo que hoy conocemos como camino de Santiago. No es casual, por tanto, que en las zonas costeras más occidentales de Galicia pervivan todavía ritos y creencias relacionados con el paso de las almas de los difuntos al “otro mundo”. Dos lugares destacan de todos ellos: Finisterre (“el fin de la Tierra”) y el santuario de San Andrés de Teixido, situado frente a Irlanda y lugar al que deben peregrinar las almas antes de emprender el último viaje hacia el más allá. No cabe duda de que nos hallamos ante una creencia estrechamente vinculada a la mítica Isla de la Eterna Juventud de los pueblos celtas.

Ramón Sainero, en su reciente obra “San Andrés de Teixido e as illas do Máis Alá” (Toxosoutos, 2008), alude al hecho de que esta creencia pervivió durante siglos en los territorios de la costa atlántica. Así, el historiador Procopio de Cesarea (S. VI) dejó escrito que en la costa de la actual Galicia siempre había una serie de barcos amarrados, cuyo cometido era trasladar las almas de los difuntos a la Isla de los Muertos, en las tenebrosas aguas del océano Atlántico.

Sin duda, muy relacionado con el santuario de San Andrés está otro templo pagano del siglo VI d. C., situado junto a un castro celta, en un elevado acantilado que forma un monte llamado “O Facho de Donón” –alusivo al ‘príncipe celta’ Donn–, en plena Península de O Morrazo (Pontevedra). Según un antiquísimo relato, recopilado en el siglo VII en el famoso “Libro de las invasiones” –texto que compila los mitos fundacionales de los pueblos celtas–, Donn, hijo de un rey celta de la península Ibérica llamado Mil, se embarcó con su hermano y veinticuatro compañeros con la intención de invadir Irlanda. Sin embargo, la nave se hundió y toda la tripulación falleció. Las últimas palabras

de Donn antes de abandonar este mundo fueron: “A mi casa habéis de venir todos después de vuestra muerte”.

No puede ser una mera coincidencia que, según la tradición cristiana, san Andrés llegara en una barca de piedra a un lugar de Galicia, con la intención de cristianizar a los habitantes de esas paganas tierras. Desesperado por los escasos resultados de sus esfuerzos, pensó en marcharse, momento en el que se le apareció Cristo, instándole a que se quedara, pues desde entonces todas las personas visitarían ese lugar al menos una vez en su vida. “Quédate aquí, san Andrés, que de vivos o de muertos, todos te vendrán a ver”. Indudablemente, se trata de la cristianización del mito que comentamos anteriormente: el viaje y muerte del “príncipe” celta Donn, que ha dado lugar a la frase con la que es identificada el santuario: “A san Andrés de Teixido va de muerto el que no fue de vivo”.

Los primitivos escritos celtas sitúan en las costas del Mar Negro el origen del pueblo que terminó llegando a Hispania, Galia y las Islas Británicas. Según dichos textos, la larga y peligrosa marcha comenzó en el siglo XII a. C. Cruzaron el Mar Caspio, el Tirreno, los Alpes y luego se asentaron en España durante cierto espacio de tiempo, creando el poderoso reino de Brigantia (actual ciudad de A Coruña). Desde allí, varios guerreros se echaron a la mar, espoleados por la búsqueda de la Isla de la Eterna Juventud. Unos días después, arribaron a Irlanda, territorio que conquistaron sin demasiada oposición. En otras palabras, según los propios mitos celtas, plasmados en los textos más antiguos de estos pueblos, las tribus del noroeste peninsular conquistaron Irlanda y luego el resto de las Islas Británicas, llevando el celtismo y su religión –el druidismo– a dichos territorios. Si hemos de hacer caso a la leyenda, Ith, el hijo del rey Breogán, contempló desde la Torre de Hércules la isla de Irlanda, partiendo con unos cuantos guerreros hacia esas desconocidas tierras, las cuales terminaron conquistando.

Todos los mitos contienen, al menos, un poso de verdad; y en el caso que nos ocupa no iba a ser menos. En 2006, Bryan Sykes, profesor de genética de la Universidad de Oxford, realizó un es-

tudio sobre 10.000 británicos, cuyos resultados avalan las antiquísimas leyendas celtas. El científico descubrió que el ADN de británicos, escoceses e irlandeses contiene una importante “huella genética” originaria del norte de la península Ibérica. Su teoría es que hace unos 6.000 años, los celtas peninsulares construyeron embarcaciones capaces de cruzar el océano, y consiguieron llegar a las Islas Británicas, conquistando o uniéndose a las tribus ya existentes allí.

Después de un amplio estudio que relaciona las tradiciones celtas y ciertos lugares de tradición pagana en Europa, el profesor Ramón Sainero concluyó que el “camino espiritual” hacia el noroeste peninsular –cristianizado con el nombre de camino de Santiago– sigue la ruta de las tumbas megalíticas, llevadas por sus primitivos constructores desde Oriente Medio a Italia, Hispania, Galia, Gran Bretaña e Irlanda. Esta senda que unía Mediterráneo y Atlántico sirvió para que entraran en contacto diversos pueblos. En este sentido, Sainero apunta que en el norte de Irak se hallaron unas construcciones megalíticas circulares, prácticamente iguales a los tholois de Chipre y a las tumbas megalíticas de épocas posteriores, encontradas en diversos puntos del Mediterráneo: Hispania, Galia, Irlanda y Gran Bretaña. Para

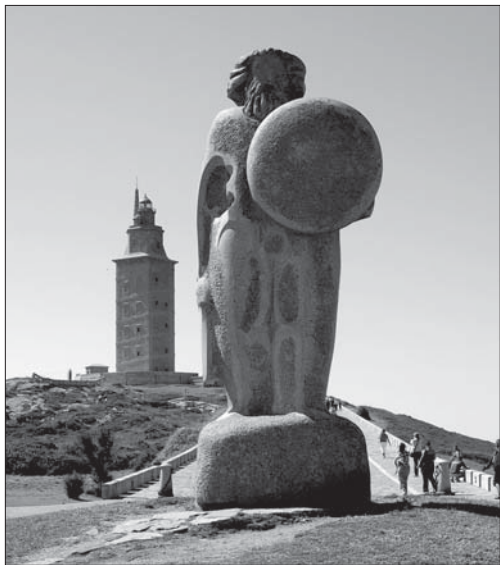


Vista de San Andrés de Teixido y la 'barca' del santo.

Sainero estas tumbas eran puertas hacia un más allá que sus constructores creían que se encontraba en un ignoto lugar en medio del mar.

Al norte del santuario de San Andrés de Teixido se encuentran las Islas de Arán, las más occidentales frente a las que se sumerge el Sol en el océano. En las mismas existen una serie de asentamientos megalíticos, como Dun Aengus. Situado en un alto acantilado, tiene forma semicircular y está orientado hacia la puesta del Sol. Esta fortificación consiste en muros de piedra en forma de medio Sol. La otra es fácil imaginársela en medio del océano. Según los estudios arqueológicos realizados en el lugar, Aengus se construyó hace al menos unos 4.500 años, y para la mayoría de los especialistas fue un centro de cultos solares, posiblemente relacionados con el mundo de los espíritus en su viaje hacia el “otro lado”.

En su fascinante estudio “San Andrés de Teixido e as illas do Más Alá”, el profesor Sainero sugiere que Dun Aengus pudo ser, al igual que San Andrés de Teixido, una puerta al “otro mundo”. “En la costa oeste irlandesa –escribe el profesor–, en el condado



*Estatua dedicada a
Breogán, con la Torre de
Hércules al fondo.*